

## Palabras del Dr. Humberto Díaz B. antes de ser inhumado el cadáver del Dr. Paredes

"Señores:

Desciende en estos momentos a la tumba, un Médico y Cirujano prominente y un ciudadano de esclarecidas virtudes. La sociedad de Tegucigalpa, y el país en general, han sido conmovidos dolorosamente el día de ayer, con la tuda noticia de su inesperado deceso.

Es costumbre muy arraigada entre nosotros, ante el desaparecimiento de la escena de la vida, de alguien con quien nos ligo el afecto, hacer de éste los panegíricos más injustos, puesto que se confeccionan a menudo a base de la ejecutoria y de los méritos puramente ficticios. Pero ante el cadáver de Salvador Paredes, nadie pecará de injusto, ni faltará jamás a la verdad—que él tanto amó—al afirmar que a su paso por la vida, dejó surcos profundos de bien en la conciencia de la sociedad en que le tocó actuar. Que su claro talento, su amor al estudio y su infatigable dinamismo le llevaron a ocupar un puesto brillante en la cirugía centroamericana. Que su actuación en la cátedra fue rico filón que aprovecharon muchas generaciones del estudiantado universitario hondureño al adentrarse por el camino de las disciplinas hipocraticas. Que fue un vigoroso propulsor del mejoramiento y del progreso; y que ejemplarizó, en fin, siempre y noblemente, a través de las diáfanas facetas de su vida ciudadana.

Graduado en la hermana República de El Salvador, en el año de 1921, efectuó después varios viajes de estudio a Europa y a los Estados Unidos, con lo cual consolidó, de un modo plausible, sus magnificas aptitudes para el ejercicio de la cirugía y de las labores docentes: acrecentando, además, el acervo de su cultura general, de la que cuidó siempre con esmero; porque Salvador Paredes fue un convencido de que sin ella, el médico tendrá que ser, indefectiblemente una personalidad aniquilada en el medio social en que se desenvuelva. Así, en los anaqueles de su biblioteca, figuran en profusión, al lado de las obras médicas, los libros plenos de humanismo, con los cuales los grandes pensadores han iluminado e iluminan el camino del mundo, y tienden a suavizar las asperezas que aún existen, desgraciadamente, en el ejercicio profesional. Su espíritu renovador le hizo presentir, sin duda alguna, el rumbo que en el mar social deberá seguir el médico del futuro.

Muere el Dr. Paredes en la plenitud de su vigor mental, cuando la ciencia hondureña y la sociedad en general esperaban aún mucho de él; y he allí una razón más para que su partida definitiva sea dolorosamente sentida. Una cruel enfermedad, de esas ante cuyo avance los recursos científicos no son sino un valldar deleznable, minó profundamente su salud, pera sin doblegar nunca su acerado espíritu; y así le vimos, ya en los días en que la muerte le hacía sus señas misteriosas, pronunciando un her-